

HOMENAJE A RAFAEL DEL ÁGUILA

“EL DEBER SER EN LA POLÍTICA DE RAFAEL DEL ÁGUILA” (Transcripción)

Por Elena García Guitián
Profesora titular de Ciencia Política,
Universidad Autónoma de Madrid

Quería comenzar como se comienza siempre, agradeciendo la invitación de la Fundación para asistir a este acto, pero en este caso no es un mero formalismo. Yo quiero decir de verdad que la relación de Rafael y nuestra con la Fundación en los últimos años ha sido algo muy especial. Yo creo que Rafael encontró en una etapa complicada para él aquí un sitio donde poder discutir, donde poder presentar sus ideas. Encontró un foro que le acogió y al que tenía mucho cariño. Entonces, yo agradezco especialmente el que hayáis organizado este acto, y que lo hayáis organizado de esta manera.

Es decir: conocéis a Rafa. Lo conocíais. Los homenajes institucionales le hubieran repateado, se hubiera reído un poquito de ellos. Lo que le interesaba -yo creo que se esforzó muchísimo en hacerlo, en la última época tan complicada-, lo que le interesaba era su discusión, discutir sobre sus libros, y yo creo que el hacer este acto de esta manera es hacer lo que a él le hubiera gustado hacer o que hiciéramos después. Entonces, en ese sentido, de verdad, Pepe, muchísimas gracias.

Después de dos intervenciones tan largas y de decir tantas cosas sobre el libro de Rafael, como pasa siempre, es un poco reiterativo lo que voy a decir. Pero en nuestro caso -yo creo que en el de las tres personas que estamos en la mesa- se mezcla lo que es, digamos, una lectura más profesional con un montón de conexiones personales.

Fernando ha dicho que él conoció a Rafa hace treinta años, y que comenzaron reflexionando y discutiendo sobre la Escuela de Frankfurt y todo un discurso

que es de una generación un poquito anterior a la mía. Yo lo conocí diez años después, y en ese sentido es curioso cómo las lecturas que uno hace de los libros están tan condicionadas por esos referentes distintos de partida.

Entonces, a diferencia del discurso de Fernando, que está más centrado en esa reflexión sobre la Modernidad -hace referencia a la reflexión de Rafael sobre el marxismo-, en mi caso, la lectura del libro de Rafa es una lectura hecha desde mis propios presupuestos. Y lo que encontré al leer este libro (que ya aparecía, desde luego, como voy a comentar con algunas citas, en libros anteriores; especialmente yo creo que en *La senda del mal*, pero también en los otros que escribió después), es que todas las resonancias eran berlinianas.

Es decir, creo que el resumen de la posición de Rafael en este libro -repito que ya está apuntado en libros anteriores- es la asunción teórica de una visión y de unos presupuestos pluralistas. Y en eso voy a centrar muy brevemente mi intervención, porque creo que ya se han dicho muchas cosas. Y yo creo que lo interesante también sería que luego abriéramos el debate y cada uno, desde esos presupuestos, pudiera intervenir y discutir las ideas de Rafael.

Entonces, conocí a Rafael hace veinte años, y una de las primeras cosas que me pasó fue una lectura sobre Maquiavelo de un autor que en España no era muy conocido, y sobre el que no había casi trabajos, que era Isaiah Berlin. Empezó mi viaje durante mucho tiempo con Berlin, y en paralelo con Rafael.

Y Fernando ha dicho que Rafael estaba preocupado por la teoría, pero también por la praxis. Y las conversaciones que teníamos eran en paralelo: una conversación, digamos, más teórica sobre presupuestos abstractos y el comentario (sobre todo, a la hora de la comida, pero bueno, a veces también en los cafés del bar) sobre los diferentes acontecimientos.

Y en los seminarios... En los seminarios del CTP, que comenzamos ya en el año noventa y dos, si mal no recuerdo, las conversaciones eran muy teóricas. Discutíamos las novedades del pensamiento político.

Pero a mí me interesa también destacar las otras conversaciones, porque yo creo que también nos dan, nos ofrecen también un dibujo más acertado de Rafael, de las ideas que tenía y también de cómo fue evolucionando.

Una de las cosas que me gustaría destacar es que él siempre se consideró un pensador de izquierdas. Se consideraba una persona profundamente de izquierdas. Y una de las cosas que más le molestaban en los últimos años era cuando iba a cursos de verano, a seminarios, a discutir con los colegas, y acababan diciéndole: “Es que esto es liberalismo, y usted es un liberal”. Y venía indignado, decía: “¡Pero bueno!, ¿por qué?”. Esto además, utilizado en sentido peyorativo, el término “liberal”. Yo no lo utilizaría de esa manera, pero bueno, en estas tertulias, en los coloquios, decía: “¡Es que me acusan de ser liberal!”. Y eso le irritaba profundamente. Porque yo creo que el viaje que hizo él fue un viaje intelectual que representa muy bien todo lo que ha sido la evolución de la izquierda, precisamente desde esa época. ¿Pongo “final de los setenta”, Fernando, más o menos? Principios de los ochenta.

Entonces, una reflexión teórica abrumadora (porque la capacidad de trabajo de Rafael yo creo que nos ponía a todos muy nerviosos, era imposible seguir su ritmo), en la que hace un recorrido por todo el canon de la teoría política, los grandes autores de la historia de la teoría política; pero también que se completó, sobre todo en los últimos años, cuando comenzó el proyecto sobre los intelectuales, con todos los teóricos contemporáneos.

En ese sentido, yo creo que las lecturas de Rafael eran inabarcables. Y toda esa reflexión -repito, teórica- iba modulando su forma de pensar. Porque yo creo que una de sus cualidades (que ya se ha comentado en la mesa anteriormente) era su honradez, su honradez teórica, y el hecho de que todo eso iba a la vez modulando su forma de pensar, iba haciéndole replantearse su propia posición sobre todos los temas.

En cuanto a la política práctica, Fernando ha comentado el impacto que tuvo el 11-M, pero yo iría a un momento anterior: yo creo que el 11-S. El 11-S yo creo que fue uno de los momentos que impactó más a Rafael, pero yo creo que a todos. El surgimiento de los *neocon* y, digamos, el aumento de la importancia y

de los seguidores de una corriente de pensamiento que le repugnaba profundamente.

Pero claro, el problema es que miraba hacia el otro lado. Y yo creo que se mostraba bastante desencantado. Por un lado, encontraba un pensamiento de izquierdas que poco había evolucionado. Que cambiaba el término “marxista” por otros términos, pero que en realidad escondía un pensamiento que no acababa de evolucionar, y con el que tenía creo que bastante poco en común.

Entonces, repito: esa evolución en la gran teoría, unida a una serie de hechos, a todas las transformaciones ideológicas que han tenido lugar en nuestras sociedades en los últimos años, yo creo que fueron marcando su forma de ver las cosas y de pensar. Y yo creo que al final -podríamos concluir- ello se refleja, como he dicho antes, claramente ya en *La senda del mal*, donde yo creo que es cuando adquiere una voz propia. Porque antes tiene sus ideas, pero – digamos- las ideas están detrás siempre del análisis de otros autores. De clásicos, donde muestra sus interpretaciones, pero todavía no acaba de hablar con una voz propia.

En *La senda del mal*, claramente, empieza a exponer esas ideas teóricas básicas, y esto se refleja clarísimamente ya en el último libro. Y yo diría que desde el punto de vista de la visión teórica de Rafael acaba adoptando el pluralismo de valores como presupuesto teórico.

Y claro, eso condiciona enormemente lo que luego serían unas propuestas políticas que deberían ser las adecuadas para guiar esa praxis.

Tengo un párrafo muy bonito, en el que voy a cambiar el nombre de Berlin por el de Rafael, y yo creo que refleja bastante bien, a mi parecer, la conclusión del libro de los ideales. Dice: “Rafael -yo escribí Berlin hace tiempo, pero voy a poner ‘Rafael’- señala constantemente que es el ideal de la solución perfecta, la solución final, el que ha ocasionado más muertes en la historia de la Humanidad. Cree que cuando se acepta que un ideal es una meta verdadera, cualquier medio será adecuado para alcanzarlo, sin importar los costes ni el precio final. Que. si se asume que sólo existe una verdad, todos los sacrificios

realizados para alcanzarla serían válidos. Y esta seguridad es la que se convierte en la mejor justificación de fanatismo, de la utilización de la coacción y la persecución para alcanzar metas políticas. Porque la creencia en que de verdad hay una solución única para los problemas de la Humanidad lleva a aceptar que todos los esfuerzos deberán concentrarse en cómo encontrar esa solución y en decidir los medios a través de los cuales llevarla a cabo, cualesquiera que sean éstos. Encontrar la verdad y vivir de acuerdo a ella se convierte en la meta más alta”.

Creo que, en este caso, los nombres son intercambiables. En ese sentido creo que, desde el punto de vista teórico, Rafael coincide con una tradición de pensamiento que es antigua, que constituye una rama del liberalismo y que conectaría su pensamiento con autores más recientes -como ha señalado Sandra- como Rorty, pero desde luego también con algunos pensadores de los años cincuenta y sesenta liberales, que otros autores han agrupado con la etiqueta de “los defensores del liberalismo del miedo”.

Es decir: desde presupuestos pluralistas, digamos que la propuesta política debe ser necesariamente una propuesta esbozada más en términos negativos que positivos: evitar el daño, la preocupación por el mal menor, la preocupación por los individuos concretos, por las personas. Es decir, ese decálogo del que hablaba Sandra, en relación con las políticas de medida (que es la propuesta de Rafael); creo que entroncarían con una tradición. Con una tradición, repito, que no representa a todo el liberalismo, pero que sí constituye una de las tradiciones liberales.

Y sin embargo, yo insisto en que al volver a la praxis, Rafael no se contenta sólo con eso. Ése sería, digamos, el punto de partida; el punto de partida para abordar lo político. Pero a diferencia de otros autores el elemento en el que insistiría, y en el que iría más allá, tiene que ver con esas esperanzas que creo que todavía tenía, a pesar de su escepticismo, en la deliberación. Y en ese sentido, creo que habría una conexión, o mantendría una conexión con un pensamiento democrático más radical, de raíz habermasiana, pero con unos presupuestos más débiles. Y a pesar, repito, de su escepticismo, creo que Rafa pensaba que se podría ir más allá.

De hecho, al final del libro, reconociendo ese, entre comillas, “credo” pluralista, precisamente descarta identificar las consecuencias políticas que otros autores han sacado de ese pluralismo -como John Gray, que citó antes Fernando-.

Es decir: los presupuestos pluralistas no nos llevan necesariamente a aceptar una realidad ya dada, no nos llevan a contentarnos con un *modus vivendi* de formas de vida distintas sobre las que no hay nada que decir.

Ahí creo que el elemento deliberativo, y esto es uno de los elementos que desarrolló más, al hablar de la educación cívica, pero no como un presupuesto más político concreto, más elaborado. Creo que la esperanza en la deliberación era en la que depositaba, digamos, ese optimismo de izquierdas que todavía le quedaba, y que estaba ahí latente. Y que yo creo que no sabía muy bien qué canal encontrar para seguir.

Yo creo que en ese sentido, la evolución intelectual de Rafael es muy representativa de la evolución intelectual de un pensamiento de izquierdas, que arranca en esa época, con el análisis de esos discursos, y que nos lleva al momento en el que vivimos.

Y por eso termino esta vez con una cita suya -aunque también podría poner, creo Berlin, al revés que antes-, con una cita suya que tenía por aquí. Como señalaba Rafael en *La senda del mal*: “La pluralidad, el decisionismo y lo contingente es lo que define esta situación teórica en la que nos encontramos. Nos hemos hecho conscientes de que la racionalidad no puede determinar completamente a la política; de que la justicia y el bien común no pueden reconciliarse de manera perfecta, y que la legitimidad de nuestros órdenes políticos es incompleta, incluso conforme a nuestros propios criterios”.

Y con esta cita termino mi intervención. Muchas gracias, Pepe.

Zaragoza, 6 de mayo de 2009.